

ción simultánea de la jerarquía eclesiástica de Roma.

Expone con mucho equilibrio, logrando una muy buena síntesis, las características fundamentales del pensamiento tomista respecto del discurso moral contenido en la comunicación desde la alta jerarquía eclesiástica hacia los diversos estratos de la población novohispana.

No cabe duda de que este trabajo, "El discurso moral acerca de la comunicación y su aplicación en la Nueva España", no sólo temáticamente, o por los escogidos elementos que integran la notada eficacia de su resumen, sino porque la exposición del referente teológico al que aspiraron los novohispanos, más la advertencia que hace el autor de los grados de incumplimiento de dicha referencia, hacen de este ensayo el eje central de *Senderos de palabras y silencios*. ¿De qué manera?, podría preguntarse el lector. Y la respuesta sería que al señalar el referente teológico de la colonia en México, y la realidad de su consecuencia, queda abierta la posibilidad de vincular las distintas materias contenidas en el conjunto de los ensayos en función de la presencia de cánones de la teología cristiana, que es precisamente la columna vertebral del libro. Y esto a su vez sirve de orientación para indagar los detalles de

hechos y fenómenos que escapan a los imperativos de aquel referente.

La sutil cuestión del silencio como un medio de comunicación con Dios es abordada por Jorge René González, y allí se expone cómo el silencio es tomado como comunión con lo divino a partir de lo establecido sobre este tópico por Santa Teresa de Jesús hacia 1557 y cuando lo ubica como divinidad al interior del espíritu en su escrito "Moradas del castillo interior". También observa Jorge René cómo no fue sino hasta la aparición de la obra de San Juan de la Cruz, sobre todo la escrita entre 1578 y 1580, cuando "se pone mayor atención y cuidado sobre el tema del silencio".

La congruencia de este trabajo con el propósito general del libro se manifiesta al observar de qué manera todas las órdenes religiosas que llegaron a Nueva España se estructuraban internamente, y hacia la comunidad, y qué relación guardaban con la metafísica del silencio, y, por último, cómo éste, paradójicamente, es un sofisticado factor de comunicación.

La minuciosa descripción de un escándalo de adulterio acaecido en la Nueva España de finales del siglo XVIII configura un ejemplo concreto no sólo de vida y costumbres de la época, sino que deja ver las menta-

lidades de los diversos grupos sociales de entonces. Lourdes Villafuerte, autora de este trabajo, puede ofrecer un ejemplo concreto de cómo al algún sector de la sociedad novohispana podía contravenir por completo el ideal tomista de la disposición moral de la sociedad poniendo al descubierto la corrupción, la decadencia y la relajación de las costumbres entre ciudadanos, instituciones centrales como el matrimonio o entre autoridades civiles y religiosas.

Culmina el libro con la "Inquisición sobre un escrito en el siglo XVIII", de José Abel Ramos, que nos permite ver con el ejemplo concreto las formas de persecución sobre esta forma de expresión. Alude a un folleto anónimo que se conoció como "Desengaños sobre la falsa piedad, y error del amor desinteresado, con reglas para la práctica y ejercicio de la caridad verdadera", y que, cito, "abordaba el tema de la caridad, que comprende el amor de Dios y del prójimo, y que con la fe y la esperanza constituye las virtudes teologales en la religión cristiana".

Para terminar hay que decir que siendo cada tema y su tratamiento susceptibles de ser profundizados o continuados como investigaciones separadas, ya lograron integrar un volumen que resultó de especial interés.

Del libro y sus historias

Georgina López González

Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier, México, Fondo de Cultura Económica (Espacios para la lectura), 1999, 271 pp.

En cinco jornadas de charla con Carlos Aguirre Anaya, Jesús Anaya Rosique, Daniel Goldin y Antonio Saborit, Roger Chartier, uno de los más importantes historiadores culturales contemporáneos, da sus pun-

tos de vista acerca de la cultura y la cultura escrita, tomando como punto de partida "el deseo de construir una historia capaz de enlazar, en una misma perspectiva, la historia de una técnica, la historia de la im-

prenta y la de sus productos: el libro y demás objetos impresos, y finalmente también la historia de los textos”.

Chartier aborda el tema de la cultura escrita desde el punto de vista de la larga duración. Se establece la importancia del libro escrito frente a los nuevos medios de comunicación (sobre todo las computadoras), en el sentido de que estos nuevos medios son un importante soporte para los textos y no un elemento que los sustituya. Chartier hace un recuento breve de la historia del libro en Francia desde el siglo XVI hasta la llamada “crisis del libro” de 1890, destacando las relaciones entre editores, observadores, periodistas y escritores, y las diferentes modalidades de escritura en cada época, los problemas que existían en la edición de libros (errores tipográficos, por ejemplo), y la relación entre escritores y lectores.

Analiza también los diferentes soportes materiales de la cultura escrita: catálogos, bibliografías, pergaminos, etcétera, los criterios de selección de las bibliotecas y la represión ejercida hacia cierto tipo de obras (como el caso de los libros quemados por la Inquisición). Analizar estos procesos en relación con la historia social da como resultado un conocimiento más amplio de la cultura de cada época y sus significaciones.

Chartier señala que es importante identificar dos dimensiones del libro: la física (el libro como objeto) y la del contenido del texto (el libro como representación). Ambas dimensiones son objetos de estudio interrelacionados, pero que merecen un estudio separado.

Otro objeto de estudio fundamental es el lector, ya que es él quien le da sentido al texto, aspecto que tiene que ver con la comunidad a la que pertenece y sus capacidades de lectura; propone “organizar mode-

los de lectura que correspondan a una configuración histórica dada en una comunidad particular de interpretación”.

Otro importante tema son las prácticas de lectura: lectura en voz alta, lectura en silencio, lectura colectiva, en fin; cada una de ellas marca rasgos culturales que definen a las sociedades en el tiempo. Existen algunos trabajos que analizan las prácticas de la lectura en el mundo judío occidental, pero son escasos.

Destaca la importancia de la profesionalización del editor a partir de 1830 y su relación con los libreros y los autores. A través de este proceso se pueden apreciar las decisiones que construyen una política editorial, los conflictos entre autores y editores por los derechos del libro y cómo va tomando forma la base jurídica y legal de *copyright*.

Por otra parte, aborda la historia del libro y su relación con la historia de la lectura “como una disciplina científica con su geografía, sus lugares privilegiados, sus centros y sus periferias, así como la dimensión histórica de la edición después de Gutenberg”. En la actualidad, diversos historiadores trabajan en la construcción global y de larga duración en torno a estos temas. No obstante, en los países de América Latina existe una dificultad para esta construcción histórica por su categoría de ex colonias. Esta tarea permitirá conocer las tensiones entre el estado nacional y las diferentes unidades culturales.

En la historia de la lectura es importante observar la coyuntura de la revolución, ya que es en ese momento en el que se modifica la cultura escrita, las maneras de pensar y de actuar. Surgen nuevas esferas de debate y de crítica, nuevas formas de sociabilización, donde la discusión y la crítica se vuelven públicas gracias (en gran medida) a la circulación de lo escrito. Surge tam-

bién una nueva forma de apropiación e interiorización del libro.

En el tema de la apropiación se deben considerar, en cada periodo histórico, las diferencias socioeconómicas, de género e incluso de tendencias religiosas, que permitan definir diferentes maneras de apropiación, como el caso de las traducciones, que pueden crear, a partir de una obra ya existente, una nueva interpretación de la misma.

Para el caso de México, propone una historia del libro que abarque dos dimensiones: 1) la historia de la circulación de los textos y los modos de lectura y de escritura en el periodo colonial, y 2) la transformación de estos elementos a partir de la formación del estado-nación. A través de este análisis, se puede problematizar la construcción del estado-nación y de la nueva sociedad.

La historia del libro y la historia de la educación están estrechamente vinculadas por medio de la historia de la alfabetización, es decir, de la capacidad de leer y escribir. En muchos casos esta capacidad depende de la forma del texto: es más fácil aprender a leer en un texto impreso que en un manuscrito.

Analiza cómo diferentes prácticas de lectura pueden conducir a nuevas formas de escritura (menciona el caso de los lectores que escribían al autor de la novela que habían leído). Se refiere, también, al caso de aquellos que escribían o leían para otros, como los notarios o los ayudantes del rey. La mediación entre el texto y el receptor del mensaje impreso se propone como un interesante tema de investigación histórica.

Otro tema de investigación tiene que ver con las maneras de leer, que implican entender que cada comunidad tiene “sistemas de clasificación de los géneros —que no necesariamente son los nuestros— de distinción entre ficción y verdad [...]

y también distinciones entre el discurso metafórico e irónico”.

Entre las distintas fuentes que se pueden utilizar para hacer una historia de la lectura, Chartier destaca: memorias, autobiografías, cartas, cuadernos, libros de cuentas, transcripciones de la Inquisición, anotaciones escritas en los libros por el lector, textos pedagógicos y escolares, entre otras. Cada una de estas fuentes debe ser analizada de diferente manera y planteando diferentes hipótesis de trabajo.

La historia de la lectura consiste en establecer normas, reglas y costumbres sociales que distinguen a un grupo de lectores en el tiempo y el espacio, y que caracteriza su manera de apropiarse y darle sentido a la lectura. La apropiación “es una producción inventiva, una forma de construcción conflictiva de sentido, particularmente cuando estamos ante diversas formas, relaciones y públicos para una misma obra”. Hay que entender que el libro no es un elemento estático; siempre está abierto a diferentes interpretaciones y apropiaciones.

En lo que se refiere a las prácticas privadas y el espacio público, se plantea la aculturación, es decir, “la destrucción de un antiguo sistema de representaciones y prácticas a partir de un nuevo sistema impuesto por una autoridad, cualquiera que sea”, como un tema de análisis histórico que permite reconocer relaciones de poder entre conquistadores y conquistados. Es una apropiación que tiene que ver con la identidad sociohistórica de

cada comunidad. Hay que entender las apropiaciones dentro de las relaciones sociales.

El análisis del discurso como elemento importante para la historia política permite comprender lo que pensaban los individuos de la revolución en cuanto a una propuesta de cambios sociales y políticos, por un lado, y cómo cambió su manera de pensar después de la transformación, por el otro. Asimismo, el análisis de los espacios públicos dedicados a la discusión de impresos permite la reconstrucción de la opinión pública en una época histórica determinada.

Al hablar acerca de la revolución del texto electrónico, destaca tres grandes transformaciones que benefician al mundo de los libros: “escribir en el texto, escribir directamente en la biblioteca, y [...] constituir una biblioteca universal”, así como los riesgos derivados de esta nueva modalidad: demasiada información que en lugar de ayudar, confunde; el control sobre los medios de difusión; y llegar a olvidar la dimensión material del libro. La forma contribuye al sentido, y la pantalla cambia el sentido del libro.

Las transformaciones que han traído las computadoras deben ser analizadas, no sólo en lo que se refiere a la historia del libro, sino también en los campos de la historia social del trabajo.

Sugiere el historiador remitirse a las obras de otros especialistas e incluso de otras especialidades para hacer inteligible un objeto histórico y dar paso a la reflexión teórica, me-

todológica e historiográfica, así como darle importancia a la narración en la historia sin que se pierda el enfoque científico de los resultados de la investigación, con el fin de ejercer la historia como “disciplina científica y como escritura”.

Chartier hace referencia a la microhistoria como una de las innovaciones más importantes en la historiografía contemporánea, ya que permite observar las apropiaciones a pequeña escala.

Está en contra de los enfoques de la historia política y de la historia social tradicionales. En el caso de la primera, afirma que se limita a la historia de los acontecimientos políticos; por lo tanto, sugiere establecer un vínculo entre poder estatal y relaciones sociales (que implican también el ámbito de los procesos culturales). En el caso de la segunda, define un nuevo campo de estudio: “la historia cultural está ubicada en un marco de reflexión compartido por las ciencias sociales, la literatura o la filosofía, que definen un perfil específico que no se encuentra necesariamente en las historias culturales de otras áreas geográficas”.

De esta manera, Chartier proporciona en esta obra una serie de temas acerca de la historia del libro y de la escritura en particular, y de la historia cultural en general, que permiten reflexionar en torno a la necesidad de plantear nuevos enfoques teóricos y metodológicos, así como nuevos objetos de estudio que permitan comprender mejor los procesos históricos, sin dejar de lado las interpretaciones de tipo político y social.